

SERMÓN SOBRE LA MISIÓN EN EL HOGAR

Volumen 1 – Sermón No. 259

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 26 DE JUNIO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas;
porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni
sabiduría”
Eclesiastés 9:10***

Si Dios lo hubiera querido, cada uno de nosotros habría entrado en el cielo en el momento de nuestra conversión. No era absolutamente necesario para nuestra preparación para la inmortalidad que nos quedáramos aquí. Es posible que un hombre sea llevado al cielo y sea hallado apto para ser partícipe de la herencia de los santos en luz, aunque haya creído en Cristo por un solo momento. El ladrón en la cruz no tuvo mucho tiempo para el proceso de santificación, porque así habló el Salvador: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Es verdad que en nuestro caso la santificación es un proceso largo y continuo, y no seremos perfeccionados, el ser de pecado no será desechado, hasta que desechemos nuestros cuerpos y entremos detrás del velo. Pero, sin embargo, es bastante cierto que, si Dios así lo hubiera querido, podría habernos santificado en un momento. Podría habernos cambiado de la imperfección a la perfección, podría haber cortado las raíces mismas del pecado, y haber destruido el mismo ser de corrupción, y habernos llevado al cielo en un instante, si así lo hubiera querido.

A pesar de eso, estamos aquí. ¿Y por qué estamos aquí? ¿Mantendría Dios a Sus hijos fuera del paraíso un solo momento más de lo necesario? Sin embargo, no es absolutamente necesario para ellos. Entonces, ¿por qué están aquí? ¿Se deleita Dios en atormentar a su pueblo manteniéndolo en un desierto cuando podrían estar en Canaán? ¿Los encerrará en prisión cuando podría darles la libertad instantánea, a menos que haya alguna razón abrumadora para su demora en darles la plenitud de su vida y dicha?

¿Por qué están ellos aquí? ¿Por qué el ejército del Dios viviente todavía está en el campo de batalla? Una carga podría darles la victoria. ¿Por qué los barcos de Dios todavía están en el

mar? Un soplo de Su viento podría llevarlos al puerto. ¿Por qué Sus hijos siguen vagando de aquí para allá en un laberinto, cuando una palabra solitaria de Sus labios los llevaría al centro de sus esperanzas en el cielo?

La respuesta es que están aquí para glorificar a Dios y para que puedan llevar a otros a conocer Su amor. No estamos aquí en vano, queridos hermanos. Estamos aquí en la tierra como sembradores que esparcen buena semilla, como labradores que aran la tierra en barbecho. Estamos aquí como heraldos, diciéndoles a los pecadores:

“Qué amado Salvador hemos encontrado,”

y anunciando la venida de nuestro Maestro.

Estamos aquí como la sal para preservar un mundo que, de lo contrario, se pudriría y destruiría. Estamos aquí como los mismos pilares de la felicidad de este mundo, porque cuando Dios se lleve a Sus santos, el tejido moral universal se derrumbará y grande será el estruendo cuando los justos sean quitados y los cimientos sean sacudidos.

Dando por sentado, por lo tanto, que el pueblo de Dios está aquí para hacer algo para bendecir a sus semejantes, nuestro texto entra de manera muy pertinente como regla de nuestra vida. Que Dios nos ayude a practicarlo dándonos mucho de su Espíritu poderoso. “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas”. Esto es para lo que estás aquí.

Estás aquí para un cierto propósito. Ese propósito pronto terminará, y ya sea que se cumpla o no, nunca habrá una segunda oportunidad para intentarlo, “Porque no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría en el sepulcro, adonde tú vas”. En lo que concierne a este mundo, la tumba es el fin de nuestro hacer. En lo que se refiere a este tiempo y estado, la tumba será el entierro de nuestra sabiduría, nuestro conocimiento y nuestros dispositivos.

Ahora, esta mañana, primero, me esforzaré por explicar *la exhortación del predicador*, y luego me esforzaré por *reforzarla con argumentos evangélicos*.

I. Primero, explicaré *la exhortación del predicador*.

Lo haré dividiéndolo en tres partes. ¿Qué debo hacer? “Todo lo que tu mano halle”. ¿Cómo lo haré?, “Hazlo con tu poder.” Y entonces, ¿por qué lo haré? “Porque no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría en el sepulcro, adonde vas”.

1. Primero entonces, ¿no hay algunos aquí que están diciendo, “Espero amar a Cristo, deseo servirle, porque he sido salvado por Su obra en la cruz, entonces, ¿qué puedo hacer?” La respuesta es: “Todo lo que te viniere a la mano para hacer”. Aquí observaremos primero, que esto nos refiere a las obras que están al alcance de la mano. Hoy en día, la mayoría de ustedes

no están llamados a hacer obras que sus ojos ven muy lejos en el Indostán o China. La mayoría de vosotros sois especialmente llamados a hacer la obra que está más cerca.

La gente siempre está deseando estar haciendo algo a kilómetros de distancia. Si pudieran estar en otro lugar, ¡qué maravillas realizarían! Muchos jóvenes piensan que si pudiera pararse debajo de un árbol baniano y hablarles a los rostros negros de la India, cuán elocuente podría ser. Mi querido amigo, ¿por qué no pruebas primero las calles de Londres y ves si eres elocuente allí?

Muchas damas imaginan que, si pudiera moverse en un círculo alto, sin duda se convertiría en otra Lady Huntingdon y haría maravillas. Pero ¿por qué no podéis hacer maravillas en el círculo en el que Dios os ha puesto? Él no te llama a hacer lo que está a leguas de distancia, y que está más allá de tu poder, es lo que tu mano encuentra para hacer.

Estoy persuadido de que nuestros deberes domésticos, los deberes que se nos acercan en nuestras propias calles, en nuestros propios callejones y callejones, son los deberes en los que la mayoría de nosotros debemos principalmente glorificar a Cristo. ¿Por qué extenderás tus manos hacia lo que no puedes alcanzar? Haz lo que está cerca, lo que está a tu alcance.

La gente a veces viene a su ministro y dice: "¿Qué haré por Cristo?" En nueve de cada diez casos es evidencia de un espíritu perezoso y ocioso, cuando los hombres preguntan qué deben hacer. Porque si realmente quisieran hacer algo en serio, se encontrarían colocados en medio de tal presión de trabajo, que la pregunta no sería: "¿Qué puedo hacer?" sino "¿Cuál de todas estas haré primero? porque aquí hay suficiente para llenar las manos de un ángel, y ocupar más que todo el tiempo de un mortal".

Muy a menudo encuentro hombres ambiciosos de servir a Dios en una órbita en la que nunca se moverán. Muchos dicen: "Ojalá pudiera convertirme en predicador". Sí, pero puede que no estés llamado a ser predicador. Sirve a Dios en lo que tu mano encuentre presente. Sírvete en tu situación inmediata, donde te encuentras ahora. ¿No pueden distribuir tratados? "Oh, sí", dices, "pero estaba pensando en hacer otra cosa". Sí, pero Dios te puso allí para hacer eso.

¿No podrías enseñar una clase de infantes en la escuela dominical? "Estaba pensando en ser el superintendente de la escuela dominical". ¿Lo estabas, de verdad? pero tu mano no ha sabido llegar allá. Haz lo que tu mano ha encontrado, ha encontrado una clase infantil para enseñar. ¿No podrías esforzarte por instruir a tu familia y enseñar a tus siervos en el camino de Dios, con la ayuda de Dios? "Oh, sí", dice uno, "pero estaba pensando en organizar una Sociedad Dorcas, o una Sociedad de Visitantes de Damas o de Distribución de Tratados". Sí, pero tu mano aún no lo ha descubierto. Solo haz lo primero que esté más cerca de ti. Comience en casa.

Cuando se construyó Jerusalén, cada uno edificó delante de su propia casa. Haz lo mismo. Hay una sabia disposición de nuestros gobernantes, que todo hombre debe limpiar la calle frente a su propia casa. ¿Por qué tú, que vives aquí en Southwark, vas a caminar hasta Islington para limpiar la calle frente a la puerta de otra persona? Deténgase y ocúpese de su propio trabajo, y si cada uno hace lo que se presenta inmediatamente ante sus propios ojos, y se descubre por su propia mano, entonces cuánto se puede lograr. Depender de esto, hay más sabiduría en eso de lo que algunos de nosotros soñamos. "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo". No andes buscando trabajo, sino hazlo donde esté cuando tu mano lo encuentre.

De nuevo, "cualquier cosa que te viniere a la mano para hacer", se refiere a obras que son posibles. Hay muchas cosas que nuestro corazón encuentra para hacer y que nunca haremos. Bien está en nuestro corazón, Dios acepta la voluntad por la obra. Pero si queremos ser eminentemente útiles, no debemos contentarnos con formar esquemas en nuestro corazón y hablar de ellos con nuestros labios. Debemos tener planes que sean tangibles, esquemas que realmente podamos manejar, ideas que realmente podamos llevar a cabo, y así cumpliremos la exhortación de Salomón: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo".

Te daré una ilustración. No hace muchos meses en cierta revista, que no mencionaré, se dio un suplemento sobre China, en el cual se exhortaba a las iglesias representadas por esa revista a recaudar suficiente dinero para enviar cien misioneros a China. Se hizo un llamamiento muy ferviente a las iglesias, un glorioso toque de trompetas como si algo muy grande se avecinara. La montaña estaba de parto, y trabajo hizo.

Ahora, me han dicho que el secretario de la misión china llamó al editor de la revista mencionada y le dijo: "Veo que tiene una propuesta para enviar cien misioneros a China. ¿Quieres tachar los dos ceros y encontrar suficiente dinero para enviar uno? Se dice que los que apuntan a la luna tirarán más alto que los que disparan a un arbusto. Puede ser correcto, pueden disparar más alto, pero no creo que tengan tanta probabilidad de dar en el blanco. Disparar alto no es la cosa, es acertar a lo que disparas". Ahora bien, si hubieran dicho: "Haremos todo lo posible para enviar un misionero a China", podrían haberlo hecho, pero estaban hablando de cien, y no lo han logrado, ni es probable que lo logren.

La exhortación de nuestro predicador llegaría a tales personas. Lo tienen en el corazón para hacerlo, dicen que cuando sean lo suficientemente grandes quieren lograr grandes cosas. "¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura". Ahora, en lugar de entrometerte con esa gran montaña, supón que primero pruebas tu fe en una higuera, y luego, si la mueves primero, podrías tener confianza para mover una montaña.

John Bunyan era un hombre muy sabio cuando pensó que una vez intentaría hacer milagros. En lugar de ordenar al sol ya la luna que retrocedieran varios grados, mientras cabalgaba pensó que le diría a los charcos del camino que se secaran. Era un milagro que no interfiriera con nadie y, por lo tanto, muy apropiado para empezar. Pero al principio le vino a la mente el pensamiento: "Ora primero", y cuando oró no pudo encontrar ninguna promesa de que pudiera secar los charcos, por lo que decidió dejarlos en paz.

Espero que esos hombres que vienen con una visión espléndida en la cabeza solo intenten hacer lo que puedan, y nada más. Cuando sean gigantes, que hagan el trabajo de un gigante, pero mientras sean enanos, que hagan el trabajo de un enano. Recuerda, la exhortación del gran hombre es no hacer grandes cosas, sino hacer las cosas que tu mano te traiga para hacer, cosas presentes, cosas posibles.

No estés maquinando ni especulando sobre lo que harías si tu tía anciana te dejara veinte mil libras, o lo que harías si te convirtieras en primer ministro, etc. Haz lo que puedas, en tu taller, o cobertizo, o con una aguja en la mano, y si alguna vez tienes un cetro, lo que no es probable, y usas bien tu aguja, serías la persona más probable que usara tu cetro bien también.

Hay otra palabra de exhortación que me parece muy necesaria cuando me dirijo al pueblo de Dios: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer". Supongamos ahora que el deber que está contra nuestra puerta es muy desagradable. Triste cosa que cualquier deber sea desagradable para el hombre que ha sido salvado por Cristo, pero así es.

Hay algunos deberes que, mientras no seamos más que pobres carne y sangre, serán siempre menos agradables que otros, sin embargo, fíjate, aunque los deberes te parezcan degradantes y desagradables, contrarios a tu gusto, sin embargo, la exhortación lo tiene, "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas". Ya se trate de la visitación de los más pobres de los pobres o de la enseñanza de los más ignorantes, ya sea cortar madera o sacar agua, la obra más vil en la casa del Señor, si tu mano te encuentra para hacerla, hazla.

Notarás en muchos cristianos, y posiblemente si eres sabio, notarás en ti mismo, cómo todos tenemos una preferencia por hacer aquellos deberes que consideramos honorables, que están estrictamente dentro del alcance de nuestro propio oficio, aquellos que probablemente será recompensado con la alabanza de los hombres. Pero si hay algún deber del que nunca se oirá hasta el día del juicio, si hay alguna obra que nunca se verá hasta que el resplandor del último día lo manifieste a un mundo ciego, entonces generalmente difamamos tal deber y buscamos otro.

Oh, si tan solo comprendiésemos la verdadera majestad de la humildad, y cuán grande es

para un cristiano hacer cosas pequeñas, inclinarse y agacharse, envidiaríamos más bien al más mezquino del rebaño que al más grande, y cada uno de nosotros tratamos de lavar los pies del santo y realizar el servicio más servil para el Maestro.

A menudo, pienso, cuando usted y yo estamos retrocediendo por algún deber de humildad, si Cristo Jesús viniera por ese camino y lo hiciera, cómo deberíamos avergonzarnos. Permítanme darles la imagen del propio Cristo. Había un pobre samaritano herido que quedó medio muerto. Había un sacerdote que venía a Jerusalén. Estaba ocupado con su sermón, revisando sus notas y pensando en lo que debería decirle a la gente cuando se dirigiera a ellos. Bueno, había un pobre hombre al otro lado del camino, herido. No era asunto suyo: era un predicador. Si iba a interferir con las heridas de ese pobre hombre, estaba bastante seguro de que sería un espectáculo tan espantoso que no sería capaz de predicar ni la mitad de bien, así que pasó de largo.

Bueno, entonces vino un levita, un buen diácono respetable en el santuario. "Bueno", dice, "debo darme prisa y atrapar al ministro, o de lo contrario no llegaré a tiempo para leer los himnos". No era asunto suyo ir a cuidar al pobre hombre que estaba herido. Por fin el mismo Maestro vino por allí, y Él, la cabeza de la iglesia, el príncipe de los predicadores, el gran diácono, el gran siervo de los siervos, no desdeñó vendar el corazón quebrantado, y sanar las heridas del pobre.

Hay una historia contada en la antigua guerra americana, que una vez George Washington, el comandante en jefe, andaba entre sus soldados. Estaban trabajando arduamente levantando una pesada pieza de madera en alguna fortificación. Allí estaba el cabo del regimiento gritando a sus hombres: "¡Empujen, arrimen a la vista!" y dándoles todo tipo de indicaciones. Lo más grande posible era el buen cabo.

Entonces Washington, apeándose de su caballo, le dijo: "¿De qué sirve que llames a esos hombres? ¿Por qué no los ayudas tú mismo y haces parte del trabajo?". El cabo se irguió y dijo: "Quizás no sepa con quién está hablando, señor, soy cabo". "Disculpe", dijo Washington, "usted es un cabo, ¿verdad? Lamento haberlo insultado".

Así que se quitó la chaqueta y el chaleco y se puso a trabajar para ayudar a los hombres a construir la fortificación. Cuando terminó, dijo: "Sr. Cabo, lamento haberlo insultado, pero cuando tenga más fortificaciones que levantar y sus hombres no lo ayuden, llame a George Washington, el comandante en jefe, y yo vendré a ayudarlos. El cabo se escabulló perfectamente avergonzado de sí mismo.

Y entonces Cristo Jesús podría decirnos: "Oh, no te gusta enseñar a los pobres, está por debajo de tu dignidad, entonces deja que tu comandante en jefe lo haga, Él puede enseñar a

los pobres, Él puede lavar los pies de los santos, Él puede visitar a los enfermos y afligidos; Él vino del cielo para hacer esto, y Él les dará el ejemplo". Seguramente cada uno de nosotros debería avergonzarnos de nosotros mismos, y declarar de ahora en adelante lo que sea, sea grande o pequeño, si llega a nuestra mano y si Dios nos da ayuda y nos da gracia, lo haremos con todo nuestro poder. Así he explicado lo que debemos hacer.

2. Y ahora, ¿cómo vamos a hacerlo? "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas". Primero, "hazlo". Es decir, hazlo pronto, no malgastes tu vida en poner lo que piensas hacer mañana como recompensa por la ociosidad de hoy. Ningún hombre jamás sirvió a Dios haciendo las cosas mañana. Si hemos honrado a Cristo y somos bendecidos, es por las cosas que hacemos hoy. Después de todo, el tictac del reloj dice: ¡hoy! ¡Este Día! ¡Este Día! No tenemos otro tiempo en el que vivir. El pasado se fue, el futuro no ha llegado, tenemos, nunca tendremos, nada más que el presente. Esto es nuestro todo, hagamos lo que nuestra mano encuentre para hacer.

Joven cristiano, ¿acabas de convertirte? No espere hasta que su experiencia haya madurado antes de intentar servir a Dios. Esfuérate ahora para producir fruto. Este mismo día, si es el primer día de tu conversión, produce frutos dignos de arrepentimiento, incluso ahora. Y ustedes que ahora están en la mediana edad, no digan: "Comenzaré a servir a Cristo cuando mi cabello esté escarchado por la edad". No. Ahora hazlo, hazlo, "hazlo con tu fuerza". Oh, que Dios nos mantuviera en esto, que siempre hiciéramos nuestro trabajo diario en nuestro día, y le sirviéramos ahora.

He oído hablar de cierto teólogo que era predicador en Newgate. Predicó un sermón dividido en dos partes, la primera fue para el santo, la segunda fue para el pecador. Cuando hubo terminado la primera parte al santo en la mañana, dijo que le predicaría al pecador el próximo domingo por la mañana y luego terminaría su sermón.

Había un pobre hombre que fue ahorcado el lunes y que, por lo tanto, nunca escuchó la parte del discurso que mejor se adaptaba a su caso. Cuán a menudo podemos ser encontrados en la misma luz. Puede que estemos diciendo: "Le haré bien poco a poco".

Pero él puede estar muerto entonces, y nuestra oportunidad se habrá ido, o lo que es igual de probable, podemos estar muertos también, y entonces todas nuestras oportunidades habrán pasado, y estará totalmente fuera de nuestro poder hacer cualquier cosa. ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo!

Esto es lo que la iglesia de Cristo quiere que se proclame como al son de una trompeta en todas sus filas: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo". No lo pospongas una hora. ¡Hazlo! Procrastinar no un día. "La procrastinación es la ladrona del tiempo". Que no te robe el tiempo. Hazlo, de una vez. Sirve a tu Dios ahora, porque ahora es todo el tiempo que puedes

contar.

Luego, las siguientes palabras "Hazlo con tu fuerza". Hagas lo que hagas por Cristo, pon toda tu alma en ello. Cristo no quiere que nadie le sirva con los dedos, debe tener sus manos, sus brazos, sus corazones. No debemos darle a Cristo un pequeño trabajo dificultoso, que se hace de manera rutinaria de vez en cuando, pero cuando lo servimos, debemos hacerlo con todo nuestro corazón, alma, fuerza y poder.

Entre los antiguos paganos romanos, estaban acostumbrados a matar a las bestias y abrirlas, para descubrir eventos futuros. Si alguna vez abrían un novillo y no podían encontrar el corazón, la gente siempre lo consideraba un mal augurio. Y puedes estar seguro de que, si abres tus obras y no puedes encontrar tu corazón en ellas, es un mal augurio para tus obras, no sirven para nada y su objetivo nunca se logrará.

La peor parte de la iglesia cristiana en este momento es que parece que muchos de nuestros ministros y sus iglesias han perdido el corazón. Entrad en vuestras iglesias y capillas, todo está ordenado y preciso, pero ¿dónde está la vida, dónde está el poder? Confieso que preferiría dirigirme a una congregación de hombres ignorantes que están vivos y entusiastas, que a una congregación de los más eruditos y ordenados que están muertos y en blanco, en cuyos oídos toda la predicación del mundo cae como una monotonía aburrida.

Hace unas tres semanas me dirigía a una congregación metodista. Saltaban sobre sus pies de vez en cuando y gritaban: "¡Aleluya! ¡Gloria a Dios!" Toda mi alma se conmovió dentro de mí, y sentí que podía predicar y predicar de nuevo, y nunca cansarme mientras estas personas beben la Palabra con vida real. Estoy seguro de que se hizo mucho bien y que no se olvidaron de lo que se dijo.

Pero luego, nuestra gente toma las cosas tan ordenadamente, vienen y toman sus asientos tan silenciosamente, que a menudo parece que uno podría predicar a un conjunto de estatuas o bloques de madera, con la misma esperanza de efecto que predicarles a ellos. Queremos vida, queremos corazón, corazón en el ministerio, corazón en los diáconos, corazón en todos los oficios de la iglesia, y hasta que no tengamos esto no podemos esperar la bendición del Maestro.

Vas a enseñar en la escuela dominical esta tarde, ¿verdad? ¿Cómo vas a enseñar? "Voy a hacer lo que he hecho a menudo". ¡Un paso atrás! Si vas a servir a Cristo, aléjate hasta que tengas tu corazón contigo, y toma contigo todas tus fuerzas y todas tus fuerzas, y di como lo hizo David: "Benedicid a Jehová, y servid a Jehová, oh mi alma, y todo lo que está dentro de mí." Sirve al Maestro y gástate en tu fuerza.

Preferiría no tener un sermón que un sermón aburrido, ninguna enseñanza que una enseñanza dormida, ninguna oración que oraciones sin vida. Una religión fría es de mal gusto. Tengamos una religión candente que se abrirá paso a fuego hasta el corazón, ésta es la religión que se abrirá paso en el mundo, y se hará respetar, aunque algunos pretendan despreciarla. "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas".

Pero, ¿dónde está el poder de un cristiano? No olvidemos eso. El poder de un cristiano no está en sí mismo, pues es perfecta debilidad. Su poder está en el Señor de los ejércitos. Nos irá bien si todo lo que intentamos hacer lo hacemos con la fuerza de Dios, o de lo contrario no se hará con fuerza, se hará débil y mal.

Siempre que intentemos servir a Dios para ganar almas, primero comencemos con la oración. Busquemos su ayuda, sigamos con la oración mezclada con la fe, y cuando hayamos concluido la obra, encomendémosla de nuevo a Dios con fe y oración renovadas. Lo que hagamos así estará bien hecho y no fallará en su efecto.

Pero lo que hacemos meramente con la fuerza de la criatura, con la mera influencia del celo carnal, se convertirá en nada en absoluto. "Todo lo que te viniere a la mano para hacer," hazlo con ese poder real que Dios ha prometido a los que lo piden, con esa verdadera sabiduría que Él da generosamente, que Él otorga a todos los que la buscan mansamente y con reverencia a Sus pies. Dios nos ayude, entonces, a llevar a cabo esta exhortación: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas".

3. Y ahora, la tercera parte de la exhortación fue, ¿Por qué? Debemos hacerlo con todas nuestras fuerzas porque la muerte está cerca, y cuando llegue la muerte habrá un fin de todo nuestro servicio a Dios en la tierra, un fin de nuestra predicación, un fin de nuestra oración, un fin de nuestro hacer cualquier cosa por la gloria de Dios entre las almas de los hombres que perecen. Si todos viviéramos a la luz de nuestros funerales, qué bien viviríamos.

Algunos de los antiguos monjes romanos siempre leen sus Biblias con una vela clavada en una calavera. La luz de una calavera puede ser terrible, pero es muy provechosa. No hay forma de vivir así. Hay una vieja leyenda monacal que habla de un gran pintor, que había comenzado una pintura, pero no la terminó, y según la leyenda, oró para poder volver a la tierra y poder terminar esa pintura. Ahora existe una imagen que lo representa después de que regresó para terminar su pintura. Hay una solemnidad en la mirada de ese hombre, mientras pinta con todas sus fuerzas, porque tenía muy poco tiempo que le permitieran, y era espantosa, como si supiera que pronto debe regresar y quisiera terminar su trabajo.

Si estuvieras completamente seguro de la hora de tu muerte, si supieras que te quedan una semana o dos de vida, ¿con qué prisa darías la vuelta y despedirías a todos tus amigos?

¿Con qué prisa comenzarías a arreglar todos los asuntos en la tierra, suponiendo que los asuntos estén bien para la eternidad?

Pero los hombres cristianos, como los demás hombres, olvidan que son mortales, e incluso nosotros, que profesamos ver el futuro, y declarando que estamos buscando una ciudad que tenga cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios, incluso nosotros parecemos pensar que viviremos aquí para siempre. Está bien que Dios ponga una espina en nuestro nido, o de lo contrario, a menudo Sus propias aves del paraíso construirían sus nidos aquí y nunca subirían más alto.

Detengámonos un momento, y pensemos que en poco tiempo debemos morir. La hora no es para quedarse fuera. Cuando esa flecha alada haya terminado su viaje apresurado y haya encontrado su objetivo en este corazón, entonces todo habrá terminado. Puedo predicarles hoy y exhortarlos a huir de la ira venidera, pero cuando esta lengua está sellada en silencio, no puedo advertirles más. Si he sido infiel, y no he cumplido con el mensaje de mi Maestro y lo he dicho fielmente, no puedo volver y contarlo de nuevo.

Madre, puedes orar por tus hijos ahora, pero cuando la muerte haya sellado tus ojos en la oscuridad, no podrá haber más oraciones levantadas para siempre. Puedes enseñarles ahora en la Palabra de Dios, y trabajar para que lleguen a conocer al Dios de su madre, pero todo habrá terminado entonces. Ahora puedes, oh maestro de escuela dominical, instruir a esos niños, y que Dios te bendiga, puedes ser su padre espiritual y llevarlos a Cristo, pero un día se susurrará en tu clase: "El maestro ha muerto", y no hay el final de tu trabajo. Tus hijos pueden ir a tu tumba, y sentarse allí y llorar, pero del césped frío y arcilloso no puede surgir ninguna voz de advertencia. Allí, tu advertencia y tu amor se pierden, igualmente ignorantes y desconocidos.

Y tú, el siervo de Cristo, con grandes reservas de riqueza, tienes este día dinero con el que la causa de Dios puede ser grandemente ayudada, tienes talento también, que te puede capacitar bien para estar en medio de la iglesia y servirla. Vas por el camino de toda carne. Las canas están dispersas aquí y allá. Sabes que tu final se acerca. Una vez que haya llegado la muerte, tu mano no puede idear cosas liberales, tu cerebro no puede formar nuevos dispositivos para la expansión del reino de tu Maestro, ni tu corazón puede entonces inclinarse y llorar por los pecadores que perecen, o tu lengua dirigirse a ellos con ferviente exhortación.

Piensen, queridos amigos, que todo lo que podamos hacer por nuestros semejantes debemos hacerlo ahora. Porque el cemento de la tumba pronto nos envolverá, las manos pronto colgarán, los ojos se cerrarán y la lengua se quedará quieta. Mientras vivamos, vivamos. No hay dos vidas otorgadas a nosotros en la tierra. Si no construimos ahora, el tejido nunca podrá construirse. Si ahora no hilamos, el vestido nunca será tejido. Trabaja mientras vives, y

vive mientras trabajas, y Dios nos conceda a cada uno de nosotros que podamos cumplir en esta vida, todos los deseos de nuestro corazón, en magnificar a Dios y llevar a los pecadores a la cruz.

II. Ahora, habiendo explicado y abierto así la exhortación, oraré para que el Espíritu Santo de Dios esté solemnemente conmigo mientras, muy brevemente y con mucha vehemencia, me esfuerzo por ***estimular a todos los profesantes de religión aquí presentes a hacer todo lo que sus manos encuentren hacer, para hacerlo ahora, y con todas sus fuerzas.***

Si Cristo Jesús dejara el mundo superior y viniera en medio de este salón esta mañana, ¿qué respuesta podrías dar, si después de mostrarte Sus manos y pies heridos, y Su costado desgarrado, te hiciera esta pregunta: "Tengo hecho todo esto por ti, ¿qué has hecho tú por mí? Permítame hacerle esa pregunta a Él y en Su nombre. Han conocido Su amor algunos de ustedes, cincuenta años, algunos de ustedes treinta, veinte, diez, tres, uno. Él ha hecho todo esto por ti, ha desangrado Su preciosa vida, ha muerto en las agonías más exquisitas en la cruz. ¿Qué has hecho por Él?

Dé la vuelta a su diario ahora. ¿Puedes recordar las contribuciones que has dado de tu riqueza, ya cuánto ascienden? Súmalos. Piensa en lo que has hecho por Él, cuánto de tu tiempo has gastado en Su servicio. Sume eso, pase otra hoja y luego observe cuánto tiempo ha pasado orando por el progreso de Su reino. ¿Qué has hecho allí? Suma eso. Lo haré por mí mismo, y puedo decir sin jactancia que he trabajado para servir a Dios, y he estado en trabajos más abundantes, pero cuando llego a sumar todo, y pongo lo que he hecho al lado de lo que debo a Cristo, es menos que nada y vanidad, derramo desprecio sobre todo ello, no es más que polvo de vanidad.

Y aunque desde este día en adelante predique cada hora del día, aunque pueda gastarme y ser gastado, aunque la noche no conozca descanso y el día nunca cese de trabajar, y un año suceda a otro hasta que este cabello se vuelva canoso y Agotado este marco, cuando vengo a rendir mi cuenta, Él podría decir: "Bien hecho", pero no debería sentir que fue así, sino que debería decir: "Sigo siendo un siervo inútil, no he hecho lo que debía, era incluso mi deber hacer, y mucho menos lo he hecho todo para mostrar el amor que debo". Ahora pensarán en lo que han hecho, queridos hermanos, y seguramente su cuenta se quedará corta al igual que la mía.

Pero en cuanto a algunos de ustedes, positivamente no han hecho nada. Te has unido a la iglesia, y has sido bautizado, y eso es todo, a veces has repartido un poco de tu abundancia a la causa de Cristo, pero ¡oh, qué poco cuando piensas que Él lo dio todo por ti!

Hay otros de vosotros que de lo poco habéis dado mucho, de vuestra debilidad habéis

sido fuertes, en vuestra pobreza nunca habéis sido pobres para la causa de Cristo, no os faltará al fin vuestro galardón, sino que aun llegaréis con la resto de nosotros y decir: "Señor, ayúdanos a amar a los pobres, y por Tu asombroso amor por nosotros, oblíganos a dedicarnos por completo, sin reservas a Ti".

Permíteme darte otro argumento, por qué deberías servir a Cristo con todas tus fuerzas ahora. Ustedes creen, mis queridos oyentes, que, si los hombres mueren sin convertirse, su destino es temible más allá de toda expresión. Tú y yo estamos obligados a creer por el testimonio del Espíritu que el castigo de aquellos que mueren impenitentes está más allá de lo que las palabras pueden describir. Se hunden en un pozo sin fondo, en un fuego que nunca se apaga, donde son alimentados por un gusano que no muere. Ya sabes, y a veces tu cabello casi se ha puesto de punta con el pensamiento de que la ira venidera es más de lo que el alma puede concebir.

¿Y es posible, puede ser posible con esta creencia en tu mente de que muchos de tus semejantes van a toda prisa a este horrible, este terrible infierno, que estás ocioso y sin hacer nada? Que Dios te perdone si tal es tu estado insensible de corazón, que puedes contemplar a un prójimo pereciendo en los fuegos del infierno y, sin embargo, permitir que tu mano cuelgue en indiferente ociosidad.

Oh, hijos del Dios vivo, os suplico por los fuegos del infierno, por la agonía que no conoce tregua, por la sed que no se mitiga con una gota de agua, por la eternidad que no conoce fin, os suplico vosotros por la ira venidera, estad despiertos y actuando, esforzándoos fervientemente juntos para ser el medio en la mano de Dios para despertar a las pobres almas y llevarlas a la misericordia de Cristo.

Sé sincero. Si no crees en esta Biblia, no me importa lo que seas, serio o aburrido. Pero si lo creéis, obrad como creéis, si pensáis que los hombres están pereciendo, si la diestra del Señor está destrozando a Su enemigo, entonces os ruego que seáis fortalecidos por la misma diestra, para esforzaros por llevar a esos enemigos a Cristo para que sean reconciliados por la sangre de la cruz.

Y ahora, por último, permítanme apelarles de esta manera. Posiblemente, en mi explicación, te he llevado a formar en tu corazón algún gran esquema de lo que harías. Permítanme desmenuzar todo eso, porque ese no es mi texto. No es un gran esquema, pero es, "todo lo que te viniere a la mano para hacer", lo que quiero que hagas. Mis queridos amigos, muchos de ustedes son padres de niños. Es bastante seguro, cualquiera que sea su deber, que su deber como padres es el primero. Como sus padres, ustedes les deben un deber, tienen responsabilidades hacia ellos, y es su deber criarlos en el temor y cuidado de Dios.

Puedo rogarte y rogarte fervientemente que no descuides esto, porque recuerda que pronto te irás, y ¿no será esto una espina en tu almohada moribunda si, cuando tus hijos estén alrededor de tu cama para despedirse de la muerte de su padre, o su madre moribunda, tendrán que decirte: "Te alejas de nosotros, pero no te extrañaremos. Te extrañaremos en lo que se refiere a las cosas temporales, pero cuando estés muerto estaremos tan bien en las cosas espirituales como lo estábamos antes, porque nos descuidaste"? No lo dirán, pero ¿supones que no lo pensarán, si esa es la verdad? Los niños siempre son rápidos, y si no lo dicen, lo sentirían.

¿No será mucho mejor, si Dios te bendice tanto, que cuando estés enfermo y moribundo, haya una hija que te limpie el sudor caliente de la frente y te diga: "No temas, madre, aunque andes por el valle de sombra de muerte, Dios está con vosotros, y no tenéis que temer mal alguno"? ¿No será una satisfacción para ti, padre, que cuando mueras, si mirando a los pies de la cama, puedas decir a tu hijo: "Adiós, hijo mío, bendigo a Dios porque te dejo en este mundo para continuar la obra que he comenzado, pues tú sigues los pasos de tu padre?"

No conozco mayor alegría que la de algún anciano patriarca, y conozco a uno, Dios lo bendiga, está predicando la Palabra, no lo dudo, esta mañana, poder mirar a los hijos e hijas convertidos a Cristo, y luego a mirar a otra generación y ver a los nietos convertidos a Cristo. Cosa noble debe ser morir y dejar tres generaciones, y muchas de ellas ya pueden llamar bienaventurado al Redentor.

Oh, no descuides tu trabajo presente, te lo ruego, o de lo contrario perderás la bendición presente, y al descuidar este deber presente que concierne a tu propia casa, incurrirás en una maldición doméstica, y harás que tu lecho de muerte sea inquietante, de modo que te arrojes allí con esos ojos mirándote, y en silencio acusándote de haber descuidado sus almas.

Maestros de escuela dominical, les doy la misma exhortación. Ruego a Dios que cuando mueran no se diga en sus escuelas: "Bueno, no extrañamos a Fulana para nada, ella no era una maestra que pudiéramos desear, ella llenó un vacío, y eso es todo lo que podemos decir". Espero que se pueda decir de ustedes, mis hermanos y hermanas, en la sagrada obra de enseñar en la escuela dominical: "Se han ido a la tumba, y se ha hecho una vacante que no se llenará pronto". Pero aun así tus hijos se reunirán alrededor de tu ataúd y dirán: "¡Dios sea bendito de que hayamos tenido tal maestro!"

Y aunque no se conviertan, sus ojitos llorarán cuando piensen: "El Maestro nunca más llorará por nosotros, el Maestro nunca más orará por nosotros, el Maestro nunca más nos hablará de Cristo otra vez", y ese mismo pensamiento puede ser más poderoso en sus mentes que todo lo que les hayas dicho, y puede tal vez efectuar la obra que no se completó cuando tu alma abandonó tu cuerpo.

Y ahora me encargo muy solemnemente en esta conclusión, de ser más ferviente que nunca en predicarles la Palabra, de predicarla a tiempo y fuera de tiempo, de predicarla con todas mis fuerzas, porque pronto me iré. La vida no dura mucho, y cuando todos nos hayamos ido, ¿acaso los demás no tendrán que pensar en nosotros, que nos fuimos antes de que nuestro trabajo se cumpliera por completo?

Una vez, cuando George Whitefield estaba muy enfermo, sus amigos lo acostaron junto al fuego, y se quedó allí como si se estuviera muriendo. En ese momento, abrió los ojos y una pobre anciana negra, que lo había cuidado cuando otros lo habían abandonado, le habló y le dijo: "Massa George Whitefield, ¿todavía está vivo?" Miró y dijo: "Sí, lo soy, pero tenía la esperanza de haber estado en el cielo".

Entonces la anciana hizo este bonito discurso. "¡Ay! Señor George", dijo ella, "usted fue hasta las mismas puertas del cielo, y Cristo dijo: 'Vuelva, Señor George, hay muchos negros pobres en la tierra que pretendo salvar. Vuelve y diles que los amo, y ten cuidado de no volver más hasta que los traigas a todos contigo'".

Así que Whitefield recuperó fuerzas, e incluso sintió, como decían las ancianas, el deseo de no volver a casa hasta que pudiera llevar consigo a esos pobres negros. Que así sea con nosotros, que vivamos hasta que traigamos muchas almas a casa con nosotros a la gloria, y entonces que se diga:

***"Siervo de Cristo, bien hecho,
descansa de tu amado empleo;
la batalla se ha peleado,
la victoria se ha ganado,
entra en tu descanso con alegría".***

"Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, porque el que creyere y fuere bautizado, será salvo, y el que no creyere, será condenado".